

El Señor ha resucitado

La realidad de la resurrección

Sin duda el tema de la resurrección es el más difícil de toda la fe cristiana. Por un lado, nuestra mentalidad científicista pide pruebas que no se pueden conseguir, porque la resurrección no es un hecho empírico que se pueda demostrar. Sin embargo, no se puede negar que fue un hecho "real", desde el punto de vista de los testigos: algo ocurrió en aquella gente que les hizo sentir, creer y decir que Cristo estaba vivo. Algo muy fuerte y muy importante debió de cambiar la tristeza de aquellos discípulos para que de repente tuvieran la certeza de su resurrección. Un bulo, una mentira para consolarse, son argumentos demasiado burdos para suponer que convencerían, ¡y de qué manera!, a aquella gente.

Hay otro argumento, se trata de la calidad de vida de los testigos. Si los que han dicho creer en el resucitado, manifestaran un estilo de vida cohibido, alienado, enfermizo..., podrían en evidencia la poca fiabilidad de sus creencias. Pero el caso es el contrario, la mayoría de los que confiesan haber sentido la fuerza del resucitado han sentido un cambio radical en sus vidas que ha supuesto un plus de humanidad. Son seres más reconciliados, sus hábitos son más justos, su carácter más afable, su compromiso es, a veces, heroico. En definitiva, son personas que vuelven a sentir en sí lo mismo que sintieron aquellos contemporáneos de Jesús cuando se sintieron perdonados, queridos, acogidos; cuando vieron que la fuerza de Dios irrumpía en la historia cambiando las reglas del mal hasta producir curaciones y milagros. Quien ha experimentado esto, vive en su vida un antes y un después y sus seguridades, proyectos y preocupaciones empiezan a ocupar un segundo plano. Igual no es fácil demostrar científicamente que Cristo resucitó y cómo lo hizo, pero ¿quién puede negar que esté resucitado en tantos corazones?

La muerte y un deseo no acallado

No cabe duda que, de todos los problemas con que el hombre se enfrenta la muerte es el más grave. Todo lo demás: la injusticia, el dolor, se ensombrece ante la muerte. El hombre moderno intenta camuflarla, no quiere verla. Sin embargo, por mucho que el hombre intente evitarla, ella nunca lo evita a él. El hombre se muere, es un hecho.

Pero la muerte es aún más dolorosa por lo que interrumpe que por lo que es. ¿De qué sirve un gran amor que ha de durar sólo unos pocos años? ¿Para qué luchar, si toda lucha ha de terminar a plazo fijo y buena parte de sus frutos no serán disfrutados por el luchador? A la luz de la muerte todo se hace relativo. El problema se agudiza a nivel personal: ¿cuándo yo muera todo habrá acabado para mí? ¿Seguiré existiendo de algún modo? ¿Continuaré siendo el hombre o la mujer que soy? ¿Y los que han muerto ya? ¿Siguen amándome como me amaban? O los que todavía están vivos ¿podrán borrarse definitivamente mañana? ¿Dejarán un día de amarme para siempre? ¿El amor se esfumará así, sin más?

Siento ahora que algo grita en mi: no sólo la necesidad de que ellos existan, sino una especie de loca certeza de que ellos existen, de que aquello que yo amé no puede haber muerto del todo. Pueden haber muerto sus cuerpos, pero yo no les amé por sus cuerpos. Aquello por lo que yo les quise no ha muerto. Es una certeza furiosa y que ciertamente no sería capaz de demostrar con mi razón científica, pero que grita por todas las rendijas de mi ser. Y sé que no creo en eso porque yo lo necesite, sé que creo porque no puede no ser verdadera esta brutal aspiración que, como yo, han sentido millones y millones de personas desde que el mundo existe. Si esa aspiración de eternidad no es cierta, tampoco lo es el amor ni la esperanza.

Aquella noche

Algo muy parecido es lo que experimentaban la noche de aquel sábado los amigos de Jesús. Multiplicado en ellos por la enormidad de su pérdida. Habían entregado al Maestro la totalidad de sus vidas. Creían en él con la cabeza, con el corazón, con la fe, con sus mismos cuerpos. El era todo.

Y ahora estaba muerto. Con su muerte lo perdían todo y empezaban a preguntarse si, al morir él, no habrían muerto también ellos.

¿Esperaban su resurrección? La muerte de Jesús era para ellos tan definitiva como es para nosotros la del mejor amigo a quien damos tierra. Cuando velábamos su cadáver quizá hemos sentido esa extraña sensación que nos obligaba a decir con la voz del alma: ¡resucita, resucita! Pero, al pensarlo, sabíamos que no sucedería, que los muertos están muertos.

Los amigos de Jesús, como nosotros, se habían entrado en esa resignación ciega, impotente frente a la muerte. ¿Pero es que no recordaban la resurrección de Lázaro, ocurrida aún pocos días antes? Quizá hasta estaba con ellos reunido. Ellos habían sentido el olor de su cadáver y después habían tocado su cuerpo después de vuelto a la vida. Pero, aunque estuvieran pensando en esta posibilidad ¿era en la resurrección en lo que pensaban?

Dos formas de resucitar

Hay que hacer una observación fundamental para entender la resurrección de Jesús. Esta palabra tiene dos significados.

Tiene un primer significado “terrestre”. Resucitar sería simplemente volver a la misma vida que se tenía antes, reanudar lo que la muerte interrumpió. En este sentido el resucitado no tendría una “nueva” vida, sino una segunda parte de la misma que ya tenía: seguiría atado a la fugacidad, seguiría amenazado por el fantasma de la muerte. Esta es la resurrección de Lázaro. Esta parece ser la única resurrección a la que el hombre aspira.

Pero esta resurrección, aunque sea prodigiosa, no resuelve ninguno de los grandes problemas humanos. La muerte sigue siendo muerte. Esa resurrección no es más que un retraso. Cuando hablamos de resurrección de Cristo hablamos de mucho más. Jesús, al resucitar, no da un paso atrás, sino un salto vertiginoso hacia delante, penetra en la eternidad; no reingresa en el tiempo; **entra allí donde no hay tiempo**. Si la primera forma de resurrección es un milagro, la segunda es además un misterio; si la primera resulta comprensible, la segunda se vuelve inalcanzable para la inteligencia humana. Jesús, tras su resurrección, no vuelve a estar vivo, sino **que se convierte, como les gusta decir a los evangelistas, en “el viviente”, en el que ya no puede morir, el que es la vida en sí misma**.

Su resurrección no aporta, pues, un trozo más a la vida humana; descubre una nueva vida y, con ello, trastorna nuestro sentido de la vida, al mostrarnos una que no está limitada por la muerte. Pero no se trata de una nueva vida en sentido sólo espiritual, tal y como decimos que nuestros muertos han pasado a ella. **Jesús entra, por su resurrección, en esta nueva vida con toda la plenitud de su ser, su cuerpo y alma, entero**. Y quien resucita es él y no es él. Es él porque no se trata de una persona distinta; y no es él, **porque el resucitado inaugura una humanidad nueva, no atada ya a la muerte**. Como ha escrito un poeta, al resucitar “todos creyeron que él había vuelto. Pero no era él, sino más. Era él, pero más él, era El Definitivo.

Esta es la gran apuesta que los creyentes nos jugamos en la resurrección de Jesús: si él no resucitó, somos los más desgraciados de los hombres, como dijo san Pablo. Pero, si él resucitó, y es El Viviente, El que da Vida a todo, ser hombre es la cosa más exaltante, sublime, excitante, maravillosa, esperanzada, ilusionante, que puede existir.

Creer en el Resucitado es estar continuamente de enhorabuena.

(Adaptado de JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO
Vida y Misterio de Jesús de Nazaret, vol. III,
Sígueme, Salamanca 1988, págs. 362-368)